



EL SECRETO JARDÍN DE DULCE MARÍA LOYNAZ

Consuelo Triviño

Perdersen en los senderos que se abren al extraño jardín de esta poetisa cubana es vivir la experiencia sobrecogedora de lo imposible, es sentir el infranqueable abismo que separa la vida y la muerte. Desde *Versos*, su primer libro, hasta *Poemas náufragos*, Dulce María Loynaz va tejiendo la tela de sus sueños con el hilo del infinito, uniendo los opuestos, relacionando lo insólito y dejando ver la angustia vital del ser humano en cada línea. Porque cada pasión, cada detalle, tiene otra cara que se revela, de modo que lo que por fin se une, a la postre, está irremediablemente separado.

A sus noventa años, firme en sus principios, ha soportado tempestades, ha recorrido el mundo, ha conocido la miseria en la riqueza y la grandeza en la austeridad, ha visto derrumbarse y levantarse glorias, pero siempre erguida. Nacida en La Habana el 10 de diciembre de 1902, año en que las fuerzas de ocupación norteamericana entregan el gobierno a Tomás Estrada Palma, primer presidente de la República, Loynaz fue desde las primeras décadas del siglo, hasta el triunfo de la revolución, una verdadera animadora de la cultura. En su ya mítica mansión del Vedado se alojó lo más selecto de la intelectualidad de la época.

Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca y Gabriela Mistral, sus grandes amigos, fueron los huéspedes más entrañables.

A finales de los turbulentos años veinte La Habana era la ciudad más cosmopolita de América Latina. Allí se daban cita los artistas de mundo hispánico que viajaban a México o a Estados Unidos. Al tanto de los movimientos vanguardistas, la ciudad era una explosión de vida y arte, no exenta de sangrientos enfrentamientos políticos, pues la oposición estudiantil al régimen dictatorial de Machado era encarnizada. La generación republicana a la que perteneció Dulce María Loynaz estaba marcada por la frustración, la desilusión y la amargura. Las ansias de libertad que hicieron posible la independencia de Cuba, eran coartadas por la intervención norteamericana. La lírica de aquellos años abandonaba la fiesta modernista y oscilaba entre la exaltación patriótica de un nuevo romanticismo, en los mayores, y el ideal de una poesía pura, en los más jóvenes (Dulce María Loynaz y Juan Marinello, entre ellos). Estos últimos se agruparon en torno a la *Revista de Avance*. Después vino la dictadura de Batista que recrudeció aún más las tensiones sociales. Actividad política y trabajo creador se fundieron en lo que se conoce como literatura de denuncia social. Pero la poesía de Dulce María Loynaz siguió su propio camino, ya al margen de las tendencias reinantes.

Los Loynaz, hijos de un general de la independencia, constituían una familia atípica. Los cuatro hermanos, tan excéntricos como geniales, inspiraron a Alejo Carpentier para escribir "*El siglo de las luces*". Carlos Manuel, Flor y Enrique, el abogado, sintieron inclinación por el arte y escribieron poemas que jamás quisieron publicar. Carlos Manuel, que acabó loco, destruyó toda su obra y tal vez un original de *El público*, de García Lorca, escrito en su estancia en La Habana. La madre pintaba, cantaba y tocaba el piano. El padre, además de ejercer su carrera militar, escribía y componía música. De pequeños, dice la poetisa: "Llevábamos una vida extraña para muchos, vivíamos casi en un mundo cerrado."

Es probable que la riqueza de aquel mundo de la infancia haya alimentado gran parte de su poesía. Dulce María, que visitó diferentes geografías, se llenó de paisajes exóticos, de ciudades milenarias, sin perder nunca su centro, su espacio vital, íntimamente ligado a su entrañable isla. Su casa, para los que la conocieron, encerraba un ambiente celliniano, entre decadente y extravagante. Juan Ramón Jiménez, en *Españoles de tres mundos*, también habla de la mansión de los Loynaz, del jardín "profuso", de la singular decoración: estatuillas, porcelanas chi-

nas, frascos de esencias vacíos, abanicos y finas sedas, lámparas, cortinas y dos mujeres de piel amarfilada, en "fúnebre atavío" (las hermanas Loynaz), saliendo de la penumbra. Típico cuadro para hacer las delicias de un exquisito decadente como él. "Ah, sí, ahora supe de golpe de dónde salió todo el delirio último de la escritura de Lorca", comenta en el libro.

Con el triunfo de la revolución cubana la familia Loynaz, como todos los miembros de la burguesía liberal, perdió su prestigio. Su casa fue ocupada por las fuerzas del nuevo régimen, pero ella, según dicen, supo defenderla con valentía. Después vinieron años de sombra en los que se enterró voluntariamente con sus sueños y sus recuerdos. A mediados de los sesenta, en El Vedado, cerca del malecón, se divisaba tras una tupida enredadera seca una casa misteriosa y a una anciana menuda contemplando el mar. Años más tarde, esa misma anciana fue sorprendida por una periodista que la detuvo. Dulce María Loynaz se bajaba de una guagua e iba vestida tan modestamente que nadie la hubiera reconocido. Pero Nydia Saravia, la curiosa periodista, le preguntó entre maravillada y asombrada: "¿Usted no es Dulce María Loynaz?" Y así, volvió a existir para los cubanos, después de treinta años de olvido. Como Lázaro, vencedora del tiempo y la memoria, regresaba para ocupar el lugar que le correspondía.

La poesía de esta extraordinaria mujer recrea muchos de los tópicos del romanticismo: exaltación de la naturaleza y de la figura de un Dios creador, que está en cada uno de los elementos; invocación del más allá; desbordamiento de las pasiones; y, en lo amoroso, la lucha entre la aspiración a la pureza y el encuentro con el demonio de la voluptuosidad. Pero en ocasiones se aleja del lirismo doliente y de la sensibilidad en la que cayeron algunos de los postrománticos de las primeras décadas del siglo. Hay en ella un misticismo que nos habla de lo inmemorial, que toca espacios sagrados, sin necesidad de blasfemar, como si, superando los tabús, nos permitiera vivir la experiencia de un mundo lleno de secretas y misteriosas asociaciones. En sus poemas hay al comienzo una tensión que crece y al final viene lo inesperado. Es una vía que nos lleva a la ternura, a la desazón o al vacío. Porque Dulce María Loynaz no es complaciente ni busca una felicidad que sabe que no está en ninguna parte. Más bien parece preocupada por atrapar ese instante irrepetible cuando, al chocar con lo otro, lo opuesto, nos vemos a nosotros mismos. Es el momento en el que la vida y la muerte abren sus ojos y se miran de frente, superando el horror.

La obra de Dulce María Loynaz es sin duda una de las más sugerentes de América Latina. Es al mismo tiempo poesía del júbilo y la desesperanza, es negación y afirmación del deseo. Pero el transparente y delicado tejido que separa la vida de la muerte parece ser una de sus mayores obsesiones.

En "Carta de amor al rey Tut-Ank-Amen", que inicialmente se publicó por separado y que ahora se incluye en *Poemas náufragos*, le dice al faraón, muda imagen de la muerte: "te amé los ojos imposibles a través de un cristal". En el poema los ojos son la metáfora de la vida. Su poder abarcador alcanza crepúsculos, ciudades florecientes y piedras milenarias. Pero al cerrarse definitivamente, es como si se llevaran una parte de lo que alguna vez vieron. Los ojos muertos guardan herméticamente el secreto de la muerte, por eso son imposibles. La atmósfera del poema se hace angustiante. Tanto insiste en lo prohibido, en lo irremediablemente imposible, que la tensión aumenta, como en una ceremonia entre sacrílega y sagrada que conjura a la muerte. Luego se confiesa el deseo de arrancar ese cuerpo cristalizado y frágil de los cinco sarcófagos. Al final se vuelve a la calma porque la poetisa vence a la muerte con su ternura: "...te hubiera desatado las ligaduras que oprimían demasiado tu cuerpo endeble y te hubiera envuelto suavemente en mi chal de seda".

Del mismo modo en "Retrato de la Infanta", en *Versos*, insiste en la mirada sin vida de la infanta María Teresa: "Una neblina/ de siglos nos/ la envuelve con su traje de/ seda,/ con su galgo y sus ojos color de aguamarina/ donde jamás brilla un deseo". Y en "La novia de Lázaro", dedicado a su hermana Flor, vuelve a establecer la relación ojos-vida-ceguera: "...yo seguía viva con unos ojos que querían taladrar tu tiniebla..." y más adelante: "Conmover la muerte... Eso pretendía. Conmover a la inmovible, a la Ciega, a la Sorda, a la Muda...".

Otra de las obsesiones que se aprecian en su poesía es la angustia ante la posibilidad de realizar el deseo. Una angustia ocasionada también por la malsana tentación de traspasar los límites entre la vida y la muerte. Se trata de un deseo, no de morir en la realización del amor, sino de despertar la pasión desde el lado de la muerte. En "La novia de Lázaro" la poetisa desafía a las tinieblas cuando amenaza con besar los labios de Lázaro, unos labios que tienen el secreto de la muerte: "Yo podría besarlos si quisiera y lo querré muy pronto, amado mío... Pero ¡qué miedo como lepra, qué duda para siempre de no besar en ellos lo que besaba entonces, lo que tal vez no valió la pena resucitar!". Es el

mismo reto de "Carta de amor a Tut-Ank-Amen": "Si las gentes sensatas no se hubieran encolerizado, yo te habría sacado de tus cinco sarcófagos..."

Asimismo la idea de que el cuerpo es una entidad separada del ser, ajena a sus deseos, cobra fuerza en este jardín particular de Dulce María Loynaz. En *Poemas sin nombre* se insiste en ello: "Soy prisionera de este cuerpo que me dieron y he de permanecer tranquila en él...". En el poema XXXV el cuerpo parece imponer sus deseos: "Todavía no lo entiendo: este cuerpo con que ando sobre la tierra estaba hecho a obedecerme, fue siempre humilde y manso... Nunca reclamó nada, nunca adiviné que tuviera quebrantos que resarcir ni justicias que vindicar". En el poema LXI el poeta suelta todas las cuerdas que tensan la carne y confiesa el secreto del cuerpo: "Hombre de sol, sujétame con tus brazos fuertes,/ muérdeme con tus dientes de fiera joven, arranca mis tristezas y mis orgullos, arrástralos entre el polvo de/ tus pies despóticos./ Y enséñame de una vez -yo no lo sé todavía- a vivir o a morir entre tus garras."

La realización del deseo no es jubilosa, al contrario, se presenta como un sacrificio que tiene características de festín salvaje y de ofrenda a la vez. Hay una duda entre el placer y el dolor, entre la vida y la muerte, entre el bien y el mal.

En el tema de los límites está, quizá, la secreta fuerza de su poesía. Su obra, podría decirse, es un intento desesperado de tender puentes para unir los extremos, de pasar a la otra orilla, en la barca de Caronte, de emprender el viaje al reino de las sombras y poder regresar para contarlo -misión sagrada de la poesía-. Pero, tal vez, se plantea Dulce María Loynaz, ese viaje hay que hacerlo dentro de nosotros mismos. En "El enemigo", un hermoso poema en prosa que tiene como epígrafe el famoso proverbio árabe "Me sentaré a la puerta de mi tienda para ver pasar el cadáver de mi enemigo", nos dice que el hombre esperó durante años para ver la herida de su enemigo, pero que esa herida era también la suya y él no lo sabía.

Pero así como la poesía de Dulce María Loynaz nos lleva por sombríos parajes, también es capaz de ofrecernos un jardín lleno de rosas efímeras que simbolizan la vida, de miel y dulzuras, de cascadas de agua, ríos, mares que son principio y fin de un ciclo vital. En *Juegos de agua*, se parte de esa idea. En el poema "Creación": "y primero era el

agua: /un agua ronca/ sin respirar de peces, sin orillas/ que la apretaran.../ Era el agua primero, /sobre un mundo naciendo de la mano/ de Dios..."

En "Integridad" el ser humano se vincula al paisaje mediante su mirada: "Cómo miraré yo el río,/ que parece que fluye/ de mí..." En "Meta" el poeta aspira a ser el río: "Yo seré como río, que se despeña y/ choca, y salta y se retuerce... ¡Pero llega/al mar!" Y en "Los estanques" evoca una vida tranquila: "Yo no quisiera ser más que un estanque/ verdinegro, tranquilo, limpio y hondo..."

En *Juegos de agua*, Dios es la naturaleza que respira y que fluye infinitamente. La neblina es "el aliento de Dios". Todas las cosas que viven y dan vida son parte de ese ser creador. Cada elemento se humaniza: la nieve es "el agua cansada de correr", la nube es el "agua niña".

Pero al ser reflejo de las cosas el agua también engaña a los ojos y por eso es llamada "falaz y brilladora". Es un elemento donde la naturaleza, al proyectarse, deja de ser para volverse una imagen intangible e imposible. Así todo lo maravilloso que puede encerrar el agua es causa de felicidad, pero también motivo de amarga frustración.

En *Poemas sin nombre*, su libro más afirmativo, la presencia del ser humano, del cuerpo y de los deseos es más clara que en los otros: "Mi sangre es como un río que me trae paisajes/ reflejados y borrados, paisajes de otras riberas que/ nunca vi./ Es como un río largo y misterioso que me siento/ correr por dentro, y cuyo nombre ignoro todavía,/ viene desde una hondura tan remota, que tengo/miedo de asomarme a ella. Va no sé dónde..."

Toda la tensión que se respira en los poemas de Dulce María Loynaz radica en esa sensualidad atormentada que pretendiendo desconocer el erotismo lo afirma de una manera dolorosa. Hay detrás de algunos versos una conciencia que amordaza el deseo que es como el "agua oscura que mana por dentro de una roca". "Juego de la muerte" expresa esa angustia que nos recuerda por momentos a Emily Dickinson: "No he gritado. No lloré apenas/ Acabemos pronto ahora: ¿ves?./ estoy quieta y cansada./ De una vez acabemos este juego/ horrible de tu mano deslizándose/ -Todavía!...-suave y fría por mi espalda..."

Pero mediante el ejercicio poético se pueden unir abismos irreconciliables. Si nombrar es también exorcizar, dar vida a los demonios y, de algún modo, despertar a los muertos, interrumpir su sueño eterno

-como en la novela de Pascual Quignard donde el genial compositor Sainte Colombe le arranca a su viola desgarradores lamentos para traer de las sombras a su bella esposa-, Dulce María Loynaz evoca la memoria de edades remotas donde la mirada del ser humano le dio también vida a todo lo que existe y despierta a los fantasmas para reconciliarse con la muda, la sorda y la ciega, la misteriosa muerte.

Sin duda, en Hispanoamérica existen otras voces femeninas más desgarradoras y profundas que la de esta singular mujer -Gabriela Mistral, a quien tanto admiró Dulce María, es un ejemplo-. Pero no hay firmeza semejante a la suya: impasible mientras su mundo se desmoronaba; hermética cuando la situación quizás le exigía una palabra más comprometida; fiel a sí misma; ajena a las adulaciones y a los cenáculos. Indiferente a los cambios de mareas. No sabemos si sentada en la puerta de su casa Dulce María Loynaz ya vio pasar el cadáver de su enemigo. Lo que sí sabemos es que a su puerta llegan el reconocimiento y la admiración de los que aún la recuerdan.

Evocar el principio de todo, ir al más allá, pasar los límites y conjurar en el instante poético lo innombrable constituye su tarea. Porque recordar es traer a la memoria lo que ya no es y que de extraña manera vive dentro de nosotros: esfuerzo aparentemente vano y, sin embargo, sentido como necesidad vital, como enfrentamiento contra las oscuras fuerzas de la naturaleza. Curioso jardín el de Dulce María Loynaz, con senderos que son prolongación de su ser interior, jardín que es reflejo de otro que se oculta secretamente y que ella nos ofrece en sus versos.